

Lectura crítica de las historias literarias colombianas

Augusto Escobar Mesa

Resumen

Cuestionar, preguntar, revisar el pasado y el devenir de una realidad literaria, va más allá de hacer un inventario de obras y autores. Se convoca a valorar mejor, a resaltarla literatura colombiana en el contexto de su historiografía, para buscar convertir estas historias literarias en historias de la cultura.

Abstract

To debate, question and revise the past and the future of a literary reality goes beyond making an inventory of works and authors. It requires making a better appraisal in order to highlight Colombian literature in the context of its historiography, to attempt to convert these literary histories into the history of a culture.

Resume

Questionar, perguntar e revisar o passado e o futuro de uma realidade literária, vai mais além de fazer um inventário de obras e autores. A proposta é fazer uma melhor avaliação da Literatura Colombiana, ressaltando seu contexto a fim de converter estas histórias literárias em história da cultura.

Palabras Claves

Historia de la Literatura
Literatura Colombiana

Key Words

Literature History
Colombian Literature

Palavras Claves

História da literatura
Literatura Colombiana

Hablar de la literatura y de las historias literarias colombianas desde su perspectiva histórica y de su proyección en el nuevo siglo es difícil tarea, no por la carencia de estudios que se han hecho, sino por la falta de sistematicidad (inorganicidad), limitada globalización (exclusión o predominio de ciertos géneros de interés) y ausencia de mirada crítica de la misma (postura cultural y filosófica). Estos breves apuntes pretenden formular algunos interrogantes y dudas sobre el pasado y devenir de una realidad cultural y literaria no suficientemente valorada dentro y fuera del país, e insuficientemente resaltada en el contexto de la historiografía literaria hispanoamericana. Hacer inventario de obras y autores, poco sentido tiene; ya se ha intentado desde José María Vergara y Vergara a mediados del siglo XIX hasta el *"Manual de literatura colombiana"* (1988) pasando por los textos de Antonio Gómez Restrepo y Javier Arango Ferrer que dan cuenta de la literatura colombiana hasta mediados del siglo XX¹. Sea esta la ocasión para mostrar, de manera general, la valoración que se hace de la producción literaria del país y explicar la razón de ser de su literatura y proyecto cultural en tiempos en profunda crisis institucional.

Son más las preguntas que respuestas. Partimos de la convicción que nuestra literatura es importante gracias García Márquez y a que él se nutrió indefectiblemente de los que le precedieron, y sin ellos no se entiende una tradición cultural configurada o no, pero al fin y al cabo tradición, de lo contrario no se entendería la presencia de escritores –anteriores o contemporáneos de García Márquez– como Isaacs, Silva, Valencia, Carrasquilla, Rivera, Vidales, De Greiff, Luis Carlos López, Barba-Jacob, Zalamea Borda, Gaitán Durán, Mutis, Cepeda Samudio, Rojas Herazo Mejía Vallejo, y grupos como el Mosaico, los Nuevos, los Piedracelistas, Mito. También y a pesar de García Márquez y por encima de él, es notoria nuestra literatura gracias a los que continuaron y han podido construir otros imaginarios buscando eludir el espejo de tal paradigma o torciéndole el pescuezo al Minotauro de Macondo; basta mencionar unos cuantos nombres: Germán Espinosa, Moreno-Durán, Charry Lara, José Manuel Arango, Laura Restrepo, William Ospina, Abad Faciolince, Santiago Gamboa, Enrique Serrano. En suma, lo que haremos es apenas una lectura personal y, como diría Luigi Pareyson, por ser personal no existe una explicación “única, mejor que todas las demás: única es sólo la obra, no la interpretación, que es siempre múltiple” (Pareyson, 1994, 21).

La primera historia significativa de la literatura colombiana por su visión de conjunto que va desde el siglo XVI hasta el XIX es *"Historia de la literatura de*

¹ Aunque no elaboran una historia de la literatura colombiana de manera general o particular, son importantes los trabajos de los siguientes críticos sobre la novela: López Tamés (1975), Raymond Williams (1991), Luz Mery Giraldo (1994, 1995, 2001), Álvaro Pineda (1990, 1999, 2001), Álvarez Gardeazábal (2000).

la Nueva Granada (1538-1820)” de José María Vergara y Vergara, publicada en 1867. Según afirma en 1938 Antonio Gómez Restrepo, es la primera

No sólo por la novedad del intento, sino por el mérito del estilo. Es un libro de agradable lectura en que chispea el ingenio del autor. Hay capítulos como el final, en que expone los rasgos que caracterizan y diferencian entre sí a los habitantes de las diversas regiones del país, que revelan un agudo talento de observación. Son páginas dignas de un sociólogo (1953:9-10).

Manuel Ancízar afirma en 1867 de la “*Historia*” de Vergara que es “el inventario de la riqueza intelectual de nuestro país” (1931, IV:8), porque nada se había escrito sobre el patrimonio cultural nacional en sus primeros tres siglos de vida. Además, la imprenta era cosa reciente y el trabajo de recopilación de las fuentes bibliográficas fue una labor ardua, ya que había poco aprecio por este tipo de documentos en una sociedad y en un Estado que menospreciaba la cultura propia. El mismo Vergara sostiene en el prólogo a la primera edición de su “*Historia*”, que en ningún momento de sus estudios se le enseñó nada relativo a la literatura del país (“en nuestro colegios jamás se enseña la historia patria” y menos la literatura, 1931, IV:14). Hasta 1867, “ningún plan de estudios –fijado por el gobierno y la Iglesia– incluía el estudio de la lengua y de la literatura patria, sino cursos de gramática y literatura castellana” (11). Quizás por eso Ancízar reconoce que lo hecho por Vergara no sólo a la historia literaria, sino también a la historia política del país es de un valor “inestimable”, ya que en su obra recoge tanto el aporte de los poetas, cronistas, filólogos, dramaturgos, moralistas, escritores místicos, así como de los historiadores, polígrafos, conquistadores, oradores y científicos. “La historia de la literatura con relación a un pueblo –dice– no es sino una faz, pero principalísima, de su historia política” (6). Y en otro aparte agrega: “Vergara ha salvado, cuando estaba a punto de perecer, las reliquias del pensamiento de nuestros antepasados, que servirán a los futuros historiadores para explicar muchos sucesos preparatorios de los grandes acontecimientos de 1810” (8). Por eso justifica el estudio de la letras porque es un “instrumento indispensable para entender bien la historia de un pueblo, puesto que ellas expresan las ideas que sucesivamente lo han agitado” (5-6).

Antonio Gómez Restrepo, por su parte, aunque admite y comprende las “inevitables deficiencias de método y de investigación” de la “*Historia*” de Vergara (desconocimiento de la metodología seguida por los historiadores literarios de su tiempo, al igual que la omisión de ciertas fuentes documentales), “representa un grande esfuerzo, por nadie intentado antes, por nadie repetido después” (Gómez, 1931, IV, 28). Comparada con otras historias literarias americanas, la de Vergara ocupa, según Gómez, “el primer lugar”, por su amena

lectura y correcto y elegante estilo, por el uso frecuente de “trozos de sazónada doctrina literaria, al lado de rasgos auténticos de ‘esprit’”(34).

Vergara combina varios métodos en su “*Historia*”: procede primero dividiendo el texto por géneros literarios, luego utiliza un sistema rigurosamente cronológico y finalmente, aunque con menos rigor, el sistema estético-histórico. De manera interna, brinda una información biográfica de cada autor y de sus obras y después emite un juicio crítico, luego contextualiza la obra del escritor en el medio cultural vigente.

La segunda historia literaria, publicada 51 años después, es la de Antonio Gómez Restrepo, “*Historia de la literatura colombiana*” (1918; 2ª ed. 1938-1945, 3ª ed. 1953); que aunque se centra casi exclusivamente en la literatura colonial de los siglos XVI hasta primera mitad del XIX, en la opinión de Orjuela (Orjuela, 1992,18) es “la mejor que se ha elaborado en el país” y la que inaugura la historiografía literaria colombiana en el siglo XX. Su postura es clara en relación con la literatura del pasado y la del presente. Esta última está expuesta a la “discusión apasionada... y esa materia en ebullición es de la jurisdicción de la crítica militante, más bien que de la historia literaria” (Orjuela,1953,12). La importancia del trabajo de Gómez reside en el conocimiento –como valor agregado– que tiene de los métodos de trabajo de la historiografía literaria europea, que le sirven para reconstruir la historia cultural colombiana y con ello acrecentar “el acervo de nuestra riqueza literaria” (ídem,1953,11). A la manera del arqueólogo, va buscando piezas claves, autores y obras conocidas, poco conocidas e ignoradas y levanta, con solvencia académica, mapas culturales por épocas, regiones, generaciones –todo ello inserto a las corrientes de la cultura universal–. Fija, además, de manera casi definitiva la cartografía literaria colombiana de los primeros tres siglos de vida. Su decálogo procedimental es ilustrativo: el crítico no debe omitir nada que interese al cabal conocimiento del desarrollo literario del país, debe ser imparcial y manejar un criterio claro que impida guiarse por “razones extrañas al arte” (11), ser ajeno a motivaciones de orden político o personal, debe estudiar aquello que se pueda contemplar con cierta distancia y con un punto de vista que “garantice la completa independencia de juicio y la serenidad que consienten las cosas ajenas” (12). Con respecto al crítico del presente y dada la mediatez y diremos complicidad con lo recién publicado, la misión de este crítico es, según Gómez, la de

Acompañar paso a paso el movimiento intelectual; apreciar los nuevos fenómenos que ofrezca la evolución del arte; estimular con útiles consejos y con oportunas sugerencias a los ingenios que buscan su senda; corregir las exageraciones a que se suelen entregar los novadores, embriagados a veces con su propia audacia, y señalar nuevos rumbos, cuando los existentes están excesivamente trillados. El crítico, en esta dilatada y

trascendental labor, tiene más de una vez que sentar plaza de luchador y empañar su armadura con el polvo del combate; dar y recibir mandobles (ídem).

En relación con el primero de los críticos que menciona, es decir, con el que evoca y evalúa pacientemente lo pasado, lo llama “maestro de verdad”, porque es el que “ejerce un acción facunda”, y lo hace a modo de “director de la conciencia literaria de su época” (12). El historiador literario es el que puede contemplar lo pasado sin “entusiasmo desmedido y sin prevención injusta” (ídem). Así, “el que no logra desprenderse de sus preocupaciones y divide a los muertos en campos opuestos, como ocurre con los vivos, para no ver sino luz de un lado y tinieblas del otro, puede ser un erudito, un escritor insigne, pero no merecerá nunca el honroso dictado de historiador” (ídem).

Otro aspecto importante que se observa en la obra de Gómez Restrepo es la postura crítica que asume con respecto al discurso y mentalidad dominante en la cultura y en la literatura colombiana de sus primeros cuatro siglos, es decir, de su marcado “sello cristiano y castizo, en que se mezclan las influencias atávicas de la raza española con las recibidas de otros pueblos, especialmente de Francia, que de la Independencia para acá y aún desde los últimos tiempos de la colonia, han presidido el desarrollo intelectual del continente” (13). Gómez reconoce el peso de esta práctica discursiva e ideológica dominante, pero y a pesar de su afinidad a las ideas conservadoras, defiende su historia literaria de la que dice “no tiene carácter apologético ni tendencia confesional” (12-13).

Sin lugar a dudas la “*Historia*” de Gómez Restrepo es la más importante de cuantas se han hecho por un crítico único –hasta la de Orjuela en 1992– por diversas razones: por el rigor en el uso y citación de las fuentes documentales, por el conocimiento y aplicación combinada de los aportes de los grandes historiadores literarios de su tiempo: *Saint-Beuve*, *Hypolite Taine*, *Ticknor*, *Ferdinand Brunetière*, *Georg Brandes*; por la escogencia de segmentos textuales significativos de las obras de los escritores seleccionados y la explicación que les da a la luz de las corrientes estéticas universales (inter-influencias); por la independencia de criterio al señalar los aciertos y limitaciones de los escritores; por el seguimiento puntual y conocimiento de la producción literaria en distintos géneros que se va dando a cada momento y la orientación al lector de las obras que tendrán una proyección particular.

Entre esta historia y la siguiente, “*La literatura de Colombia*” de Javier Arango Ferrer publicada en 1940, transcurren 22 años. Según Orjuela, la historia de Arango muestra una visión de la literatura de “carácter comprensivo” y, por ende, constituye “un hito en la historiografía literaria nacional” (Orjuela, 1992, 18). Arango, a la vez que expresa su opinión personal sobre los textos que trae como muestra, también cuestiona y valora los que así considera,

fundado en criterios de logro estético acorde con las corrientes universales vigentes; reconoce la novedad de ellos en el medio considerándolos representativos; también cita aquellos otros que no lo son, pero que hacen parte de una época y mentalidad, es decir, contextualiza mostrando cómo se inicia, se pierde o consolida una tradición. Pero la virtud de Arango es la de que, sin seguir el marco estrecho de lo cronológico ni generacional, reconstruye una historia literaria congruente históricamente –pudiendo ir de atrás hacia delante o viceversa o mezclando períodos para observar un fenómeno afín– a través de grandes y medianos hitos con breves pero acertados plumazos. Bastan unas cuantas frases para dar cuenta del aporte o no de un libro de poemas, cuento, libro de ensayos o novela. Novedoso resulta también haber comenzado su trabajo por los ensayistas que han pensado el país desde diversas perspectivas de la cultura. Son ellos los que indican los trazos que han forjado nuestra identidad. En 1963, Mejía Vallejo afirma del estilo de Arango en el prólogo de la segunda versión, revisada por éste y titulada “*Dos horas de literatura colombiana*” (1963):

Elegante precisión de su estilo, no por zumbón menos certero y definitivo en el concepto; esa su manera de estimular y descubrir; esa razonada fe en el destino de cada generación, constituyen sus más entrañables cualidades que lo acreditan como genuino maestro, exento de egoísmo, envidias o desazones ante la creación ajena (Vallejo, 1978, 11).

Con respecto a la labor de Arango como lector y crítico de viejos y jóvenes talentos, agrega Mejía: “no sólo reseña sino que orienta; no sólo señala errores sino que revisa y corrige con paciencia benedictina; no se limita a la obra de turno sino que estimula el sentimiento creador” (10). A pesar de la importancia del texto de Arango, no supera el de Gómez por tener el carácter de síntesis derivado de un compromiso editorial. La brevedad limita un mejor tratamiento y explicación de las obras representativas y del conjunto de las obras de los autores literarios escogidos para ello. La ausencia de segmentos textuales que permitan corroborar, aunque sea parcialmente, las afirmaciones –valorativas– hechas sobre las obras, son una limitación de este texto.

Cinco años antes a la primera versión del texto de Arango Ferrer, José Joaquín Ortega Torres publica una voluminosa “*Historia de la literatura colombiana*” (1934)² que funciona más como antología –568 fragmentos escogidos de 180 autores– que como obra crítica, aunque su carácter de panorama global la hace

² Dada la cantidad de textos escolares y de menor calidad que hacen historia de la literatura colombiana, se excluyen en este trabajo, salvo algunos citados por el real aporte que hacen la historiografía nacional.

importante para los estudiosos de la recepción de textos literarios colombianos, igual para la labor pedagógica que fue su objetivo. La importancia de este texto es el registro de muchos escritores poco conocidos que les concede “mayor importancia de la que tienen” (Samper, 1935, xi) y el haber llegado hasta los años treinta del siglo XX. Sin embargo, Ortega no deja ver su opinión en muchos textos, sino que sirve de intermediario o antólogo al recoger la opinión de otros críticos que le precedieron. Y aunque son bastantes, quizás demasiados los segmentos de autores seleccionados, excluye —dirá Gómez Restrepo “ciertas poesías de importancia capital por considerar que son universalmente conocidas” (Gómez, 1935, vi). Ortega, con un afán optimista sin traducción en la realidad, pretende en su “*Historia*” llevar a la práctica lo que Rodó en *El mirador de Próspero. La enseñanza de la literatura* (1913) deseaba para la enseñanza literaria:

Una antología compuesta con objeto y plan esencialmente didácticos, y ajustada al ordenado desenvolvimiento del libro de teoría, para corroborarlo con la eficacia irremplazable de los ejemplos; y un texto de historia literaria, parco en hombres y en juicios bibliográficos, y en el que se atendiese debidamente a la relación de la actividad literaria con los caracteres de raza, de país, de sociabilidad, de instituciones que concurren a imprimir el sello en la literatura de cada nación y de cada época (cit. Ortega, 1935, xx).

Interesantes, mas no tan amplias y rigurosas como las de Gómez y Arango, aparecen en 1944 dos historias literarias, una de Baldomero Sanín Cano titulada *Letras colombianas*, publicada en México, y la otra de Rafael Maya, *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*. Como señalara Uribe Ferrer (Uribe, 1984, iii) sobre el libro de Sanín, pero igualmente aplicable al de Maya —aunque se las considera historias de nuestra literatura—, ellos en verdad y así concibieron su trabajo, se interesan más por la visión de cada uno de los autores que estudian, que por la perspectiva de conjunto. Más que tratadistas, ambos cumplen la función de ensayistas en la que asoma el espíritu y visión crítica sobre la literatura del país y de fuera. Quizá sea esta una de las particularidades de sus textos, poder ver nuestros escritores desde una doble perspectiva: insertos en su colectividad cultural y deudores de la literatura y cultura universal. Dos aspectos que limitan estas historias: primero, son compendios, síntesis de obras, de autores, de momentos, y no trabajos sistemáticos de la literatura nacional, y segundo, obedecen a criterios pedagógicos en el sentido de ser el resultado de un conjunto de conferencias y artículos en los que se pretende dar una visión rápida y de conjunto del panorama literario colombiano. Como elemento adicional, no se observa tampoco la recurrencia a fuentes confirmadas.

Para Maya no existe una literatura realmente nacional porque “no es posible que un pueblo adolescente (como el colombiano) pueda ostentar ni autonomía de conciencia, ni libertad de criterio, ni madurez de pensamiento” (Maya, 1944, 7). La literatura como el gobierno y las instituciones sociales y políticas del país se encuentran, según él, en “etapa de formación”, debido al aislamiento, a su índole familiar y doméstica, a su condición de sociedad pacata y provinciana. Nuestros escritores son, casi siempre, “‘de entre casa’, una celebridad de familia, sin contacto con las corrientes universales del pensamiento, y sin que esa condición de intimidad lo vincule esencialmente al alma de la raza” (10). Sanín, en cambio, se pronuncia contra los que afirman, como Maya, que “nuestra literatura carece de rasgos propios estrictamente nacionales. Los tiene sin duda entreverados en la fronda de influencias” (Sanín, 1944, 16) extranjeras: unas, de origen hispánico; otras y las más significativas, de origen francés; y, en menor escala, de origen inglés. Esto, para él, no significa ni pobreza en el acervo de la literatura y menos falta de originalidad. Agrega al respecto:

El mérito fundamental de la literatura consiste en ser ella real y verdadera historia, o sea, recuerdo de las ideas, sentimiento, aspiraciones de hombres sobresalientes de un cierto país o de una época determinada, que en ocasiones pueden representar el sentir y las aspiraciones de su pueblo, o de una parte considerable de su componentes (18).

Entre la historia comprehensiva de Arango y la siguiente historia literaria, la de José A. Núñez Segura, *Literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativo* (1952), se dan doce años y un cierto estancamiento, porque aunque en Segura se citan más obras, conserva el modelo cronológico tradicional y sigue un criterio netamente didáctico ya que estuvo orientado a la enseñanza de la literatura en la educación secundaria, como lo fue el manual de José Ortega de 1934; ambos autores pertenecientes a comunidades religiosas³. Sin embargo, hay que anotar que en 1953, fecha de aparición del texto de Núñez,

³ Hay que recordar que hasta los años setenta casi todos los libros de enseñanza básica y secundaria en las distintas disciplinas del conocimiento eran publicados por editoriales de comunidades religiosas y sus autores eran miembros de dichas comunidades; y cuando no era así, los parámetros establecidos por el Ministerio de Educación mostraban una orientación bastante conservadora; además, entre los responsables de esos mismos programas había siempre miembros del clero que tenían gran injerencia en las decisiones y políticas de la enseñanza pública y privada. Hasta muy reciente, casi el 90% de la educación privada era controlada por instituciones religiosas y aún hoy mantienen un enorme control de la misma. Todo intento entonces de secularizar y modernizar la educación y colombiana desde la frustrada “Revolución en Marcha” del presidente liberal Alfonso López Pumarejo en 1935 hasta el presente ha sido efímera ilusión por la capacidad de encapazonamiento y conservadurismo de la dirigencia y sociedad colombiana en general.

Rafael Maya lo consideró “lo mejor que se ha escrito en Colombia como tratado didáctico sobre nuestra literatura” (cit. Núñez, 1964,v), y *Rudolf Grossmann*⁴ reafirma tal cosa cuando escribe desde Hamburgo que es “una magnífica creación didáctica” (cit. Núñez, 1964,xi). Otros aspectos a resaltar en la obra de Núñez en relación con las precedentes historias literarias es el uso de cuadros sinópticos para ubicar los escritores entre tendencias, géneros, estilos o para clasificar la producción de un escritor; también, la introducción de un aparte dedicado a los escritores latinoamericanos y universales representativos, y de nociones de preceptiva literaria, al igual que una indicación clara del método y propósito del texto y un inventario de preguntas como ejercicio de memorización de lo considerado más relevante del texto.

Con esbozo de carácter comprensivo en algunos apartes, pero sin la dimensión de una verdadera historia literaria por su brevedad, en 1978 aparece publicado el libro de Eduardo Camacho Guizado titulado *Sobre literatura colombiana e hispanoamericana* escrito, según el autor, en 1966 para cumplir un compromiso editorial en Argentina; por eso se excluye lo relativo al teatro, al ensayo, a la crítica. El texto, tal como aparece en el 78, no es de gran aliento investigativo; se ve más como un trabajo de compilación e interés pedagógico en el que sólo figuran “aquellos escritores que a nuestro juicio ofrecen cualidades sobresalientes” (Camacho,1978,28). A esos escritores –para información de lectores extranjeros– les dedica Camacho “toda la atención posible, con numerosas citas de las obras, sin dejar de lado las generalizaciones y esquemas, manteniendo estrecha correspondencia entre lo particular y lo general” (28). De nuevo se restringe lo logrado por Arango, Gómez y Vergara.

Habrà que esperar hasta 1978 (casi 28 años) para que en tres ensayos de María Teresa Cristina, Eduardo Camacho Guizado y Rafael Gutiérrez Girardot, publicados en el *Manual de historia de Colombia* (1978-1980), se pueda tener una visión rápida y crítica de la literatura del país hasta los años sesenta del siglo XX, pero que no guardan la debida articulación por el distinto tono que utilizan, igualmente porque cada uno de los críticos da el tratamiento que a bien estima, y selecciona los autores que considera a su haber importantes. Entre un ensayo y otro que corresponde, el de Cristina al período conquista y colonia, el

⁴ Autor de un importante texto sobre literatura latinoamericana publicada en 1969 en Alemania: *Historia y problemas de la literatura latinoamericana* (Madrid: Revista de Occidente, 1972), en el que aplica un método historiográfico no usual en nuestras historias literarias: realzar un “americanismo específico” como algo “único e irrepetible” (28) y línea directriz, incluyendo su fondo natural y humano, es decir, “las fuerzas espirituales y materiales, filosóficas, raciales y sociales” que la conforman; también se eligió como punto de partida rasgos generales del desarrollo general de la literatura latinoamericana (problemáticas comunes), destacar figuras y obras representativas “sin relación directa con el espacio y el tiempo” (29).

de Camacho al siglo XIX y el de Gutiérrez a la primera mitad del siglo XX, no hay el punto de encabalgamiento que permita ver cómo el período que sigue o precede determina o no una tradición literaria. No se puede hablar de ciertas heredades y rupturas y los motivos de ello. Esto no obsta para decir que la historia que pretenden construir los tres críticos se asimila a la visión comprehensiva de la literatura emprendida por Arango Ferrer y Gómez Restrepo, con la ventaja que ellos hacen uso de recursos amplios de las nuevas teorías y metodologías vigentes de la crítica y la historiografía literaria, sobre todo Gutiérrez Girardot. En los tres —y más enfático en el último— se observa una valoración crítica y rigurosa, aunque apretada, de la literatura del país en la que se muestra autonomía y criterio personal, a veces juicios provocadores, pero no por ello fundamentados en una vasta experiencia de lectura y de competencias teóricas. Con Gutiérrez se observan los aciertos estéticos de nuestros escritores y el por qué no ha podido consolidarse una tradición; también es puntual en las limitaciones de muchos y en la ausencia de una mentalidad cultural coherente y progresista dada la estrechez de miras, pobreza mental y egoísmo de un sector de la clase dirigente y de cierta intelectualidad palaciega.

El primer inventario amplio sobre la literatura del siglo XX del país se observa en un conjunto de artículos aparecidos en los números 128 y 129 de 1984 en la revista Iberoamericana de *Pittsburgh*: en ese compendio monográfico no sólo se rinde homenaje a García Márquez, sino que se da a conocer la producción de las tendencias y los grupos literarios más representativos del siglo XX: Los Nuevos, Los Piedracelistas, Mito, Los Nadaístas, la generación post-García Márquez. Si bien es importante la labor emprendida por su compilador, Armando Romero, porque por primera vez se presenta en una revista internacional un trabajo colectivo y sistemático sobre cada uno de estos grupos, además de mostrar rigor en la documentación, no deja de ser una recopilación de textos sobre temáticas, generaciones y sobre algunas obras y escritores representativos del país. Como unidades en sí, algunos de los capítulos, por ejemplo, sobre Los Nuevos, sobre Mito o sobre Los Nadaístas, siguen manteniendo su vigencia por la unidad de criterio con que fueron elaborados, por el seguimiento pormenorizado del nacimiento, desarrollo y declive de cada grupo; la participación, características, estilo de sus representantes. Esto se comprueba al aparecer algunos de estos capítulos sin modificaciones en el “*Manual de Literatura Colombiana*” (1988), publicado cuatro años después.

Con un criterio personal y afán didáctico (sin la clara modalidad antológica de Ortega Torres y Núñez Segura) y con un acercamiento a los escritores más recientes, Fernando Ayala Poveda en el mismo año escribe el “*Manual de literatura colombiana*” (1984) que no supera en el aspecto crítico lo hecho por anteriores historiadores literarios citados. Aunque Jorge Eliécer Ruiz —el

prologuista del libro y desclasificador de todos los anteriores— reconoce que el *Manual* de Ayala “ha logrado la perspectiva desde donde se puede mirar la Tierra Prometida” (Ruiz, 1986,6) (no se sabe si es elogio o ironía) y el mismo Orjuela reconoce que en este “*Manual*” el crítico “delimita con mayor precisión lo que debe contener una obra de historiografía literaria” (Orjuela, 1992,24) al hacer un balance entre el aspecto crítico y docente; sigue predominando el aspecto didáctico, generalizante por el afán acumulativo de nombres de obras y autores, lo que va en detrimento del aspecto comprensivo y crítico, de rigurosa documentación que exige una historia literaria como tal. No se observan en ninguna parte los propósitos del texto, y esa ausencia de directrices, obviamente, se perciben en la organización misma del “*Manual*”: división tradicional por géneros y seguimiento cronológico, que extraña cuando la historiografía literaria va por otros cauces. Se nota, además, y es inexplicable en un texto de casi finales del siglo XX, la carencia de fuentes documentales, o más bien diríamos, la apropiación sin citar, lo que le quita rigor y credibilidad; omite también ciertas figuras representativas que son punto de anclaje de la tradición literaria del país.

Cuatro años después y siguiendo la misma pauta de los estudios monográficos de la Revista Iberoamericana del 84, aparece en 1988 el “*Manual de literatura colombiana*”, en el que por primera vez en la historiografía literaria colombiana se trata la literatura nacional desde sus grandes hitos individuales y a la vez desde corrientes, grupos generacionales y ejes temáticos, lo que permite comprender los alcances y limitaciones de la literatura nacional y su inserción en la corriente de la cultura universal. El “*Manual*” está compuesto de treinta ensayos con una propuesta clara, en la que se combina intención pedagógica y postura crítica como bien reza la razón del libro: “poner a la mano del interesado unos textos profundos y de alto nivel académico, pero de fácil comprensión”, variados, amenos y de interés sostenido (1988:11).

El “*Manual*” representa el esfuerzo de un colectivo crítico que enfrenta con formación académica y espíritu crítico la literatura del país. Los autores recurren para ello a los aportes de teorías y métodos de análisis vigentes y a nuevas orientaciones en el campo de la historiografía literaria. Si bien se tratan algunas obras y autores que son representativos en la literatura colombiana, seguidos de tendencias y grupos, la autonomía y responsabilidad de los ensayos asignados a cada crítico deja entrever una no muy clara unidad del “*Manual*” (en algunos casos se observa la superposición de temas) y la carencia de una visión articulada de la literatura colombiana bajo criterios específicos e integradores (cada cual determina el suyo a conveniencia o por supuesta competencia; es decir, no se observa la presencia de un editor o grupo de trabajo—si bien aparecen nombrados dos: Hernando Valencia Goelkel y Santiago Mutis—que determine ciertas pautas a seguir o una idea aglutinante en la construcción de tan amplio y rico mapa cultural); además, se nota la ausencia de algunos

escritores y/u obras o se da a ellos un tratamiento superficial.⁵ Algunas de estas observaciones podrían aplicarse a las dos compilaciones –restrictivas a la narrativa y a la literatura de escritoras–, hechas a final del siglo XX por María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Robledo tituladas *Literatura y diferencia. Escritoras colombianas del siglo XX* (1995) y *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX* (2000), que trataremos en otro trabajo en curso sobre Historias de la novela y de la narrativa colombiana.

Los cuestionamientos al *Manual* se hacen sobre limitaciones puntuales que en nada quitan el mérito de ser hasta el presente la mejor visión panorámica y crítica de la literatura colombiana en sus cinco siglos de existencia, porque a diferencia de los dos mejores anteriores, el de Gómez Restrepo y la de Arango Ferrer, el *Manual* aborda los escritores de todos los géneros desde los cronistas del XVI hasta casi finales del siglo XX, es decir, tiene en cuenta los contemporáneos a la fecha de publicación del texto y vislumbra el camino a seguir de algunos escritores representativos.⁶ Además, como bien se informa al inicio del *Manual*, este cumple un papel fundamental porque no existía en él un estudio “comprensivo, sistemático y actualizado como éste” (1988:10); también, la mayoría de las monografías de que está compuesto fueron elaboradas por “renombrados y perspicaces especialistas” (9) y por eso se les otorgó “absoluta independencia en la interpretación” que genera la desarticulación ya observada, pero también da como resultado “un mapa evidentemente pluralista que enriquece la visión sobre la literatura colombiana” (12). El aporte que reconocen los que lo editaron, y en ello coinciden muchos, es la actitud crítica, el intento de síntesis y el deseo de articular las diferentes manifestaciones y personajes de la creación no sólo en el contexto nacional, sino también latinoamericano y en el ámbito de la cultura occidental. Pero una de las especificidades del *Manual* que lo distingue de todos los anteriores es el propósito de “una reflexión sobre la literatura colombiana desde la literatura misma” (ídem).

Todos los textos citados han cumplido –y por lo menos algunos de ellos siguen cumpliendo– una importante función en cuanto a la labor de divulgación de la literatura nacional. Sin embargo, en la mayoría de los casos el objetivo básico y en el que se quedaron fue el de responder a unos esquemas impuestos

⁵ En el campo de la poesía no es entendible dedicar un capítulo a Valencia o Barba-Jacob y no a escritores de mayor alcance estético o auspiciadores de la vanguardia como León de Greiff, Luis Carlos López, Luis Vidales.

⁶ En la misma fecha del *Manual* (1988), el Boletín Cultural y Bibliográfico dedica el N° 15 a la literatura colombiana y en ella hace un balance de lo publicado en los distintos géneros en las décadas del 70 y 80. Igual funcionan estas breves historias a manera de compilación, sin que se atrevan los distintos críticos a asumir una postura crítica, salvo algunas expresiones –más emotivas que otra cosa–, no fundamentan bien, sea por la limitación de espacio exigido y por no disponer de la argumentación debida.

y deterministas emanados de los programas del Ministerio de Educación de turno y/o a los criterios de los editores –la mayoría religiosos– que buscaban mostrar una historia de la literatura acorde a sus intereses mentales e ideológicos, y por ende, servir, directa o indirectamente, de medio de control social a través de las ideas ejemplarizantes de los escritores e intelectuales, o de un modelo estatizante, ya que al imponer al alumno el aprendizaje de un inventario erudito de datos de un escritor no lleva a la crítica y menos a la reflexión, sino a la memorización y canonización de autores, obras y valores. También, esas historias brindan una información general, erudita, diacrónica, didáctica, moralizante y selectiva. Muchos de esos “historiadores literarios” repiten los datos e inconsistencias de los que le precedieron sin preocupación alguna; asimismo, no ofrecen en sus textos una perspectiva totalizante por motivos que son comprensibles: desconocimiento de los modelos historiográficos, falta de dominio comprehensivo de la literatura nacional en general y de sus representantes vistos desde un dominio amplio de la cultura (es decir, falta de lectura y relectura), carencia y falta de rigor en la documentación, limitación de una visión crítica de la literatura del país que no se valora desde posturas estéticas y culturales vigentes, sino que se aprecia subjetivamente bajo cierta mediación ideológica que, para algunos críticos, resulta siendo insoslayable (textos escritos por religiosos, académicos y críticos oficializados o bajo presión comercial), finalmente, afectos y efectos producto de la estima, cercanía o distancia, también de la limitada y focalizada recepción en un medio cuyos niveles de lectura y divulgación han sido, son bastante pobres.

Contraria a estas historias, unas cuantas como la de Vergara y Vergara, Gómez Restrepo, Arango Ferrer y el *Manual*, proponen una visión crítica y comprehensiva. Todo aquello que observamos positivamente en el *Manual* vale para la obra de Héctor Orjuela, *Historia crítica de la literatura en Colombia* (1992), última y más reciente historia de la literatura colombiana en sentido cabal, aún en proceso, porque apenas se han publicado cuatro volúmenes –tres dedicados al período colonial y uno a la indígena– de los seis o más presupuestados que irían desde la literatura indígena precolombina hasta el final del siglo XX. El proyecto Orjuela, si se consolida en lo anunciado, llenaría “el vacío en la crítica de las letras nacionales” porque, como se ha esbozado antes y él mismo señala ahora, la mayoría de las historias o manuales de literatura colombiana “son obsoletos o constituyen textos escolares o ensayos panorámicos de innegable utilidad, pero que se limitan a presentar visiones parciales o deficientes de nuestro rico patrimonio literario” (Orjuela, 1992, 9). Su alternativa es la de centrarse en “obras comprehensivas” y no en estudios monográficos sobre un género literario, movimiento o literatura regional y ofrecer “una visión crítica de las letras nacionales en la que prive la interpretación personal del autor” (*ídem*, 1992, 26), lo que no significa que se ignore la crítica al

respecto, sino que se privilegie el uso de otras fuentes literarias y extraliterarias (más que lo dicho en las mismas historias literarias, que de alguna manera tienden a repetirse unas a otras sin corroborar la información y menos la documentación cuando se trae –pocas veces por cierto–), al igual que aceptar y articular los aportes de críticos nacionales y extranjeros cuando la ocasión lo amerite.

Acorde con la contribución de las nuevas tendencias en la historiografía literarias –recordamos al respecto el importante trabajo realizado por César Fernández Moreno como compilador y coordinador del proyecto *América Latina en su literatura* (1972, Alianza) y al igual que el de Ana Pizarro en *América Latina: palavra, literatura e cultura* (1993, Memorial), entre otros⁷, Orjuela articula a la vida y obra del escritor, el universo sociocultural conexo hasta buscar “convertir las historias literarias en historias de la cultura” (Orjuela, 1992:27), que a su vez se encuentran enraizadas en la tradición occidental. El método seguido él mismo lo define así: “es un enfoque múltiple del fenómeno literario y de los elementos que lo afectan en un momento determinado, lo cual se logra combinando el estudio de épocas, tendencias, movimientos y géneros con un método generacional en el cual los períodos y grupos generacionales, con vigencia de etapas irregulares, se consideran en relación con varios factores como son visión de mundo, transfondo histórico-social, poética tipificadora, discursos literarios dominantes y marginales” (ídem, 1992, 29).⁸

Concluyamos este acercamiento parcial con las palabras de Proust en su oportuna reflexión sobre el papel de la lectura y los lectores; estos últimos, depositarios y continuadores del patrimonio cultural humano:

Somos conscientes de que nuestra sabiduría empieza donde la del autor termina, y quisiéramos que nos diera respuestas cuando todo lo que puede hacer por nosotros es excitar nuestros deseos. Y esos deseos,

⁷ También se observa esto en el trabajo de compilación de David William Foster en *Mexican Literature a History* (University of Texas, 1994), Sydney Chalhoub y Leonardo Affonso de Miranda en *A historia contada, capítulos de história social da literatura no Brasil* (Nova Fronteira, 1998), Afrânio Coutinho y Eduardo de Faria Coutinho en *A literatura no Brasil* (Global, 1999), y en la labor autorial de Maximino Fernández Fraile con su *Historia de la literatura chilena* (Salesiana, 1996), José Miguel Oviedo con su *Historia de la literatura hispanoamericana* (Alianza, 1995), Giuseppe Bellini con su *Nueva historia de la literatura hispanoamericana* (Castalia, 1997), Augusto Tamayo Vargas con su *Literatura peruana* (Peisa, 1993), José Aderaldo Castello con su *A literatura brasileira, origens e unidade (1500-1960)* (Edusp, 1999). Esta bibliografía facilitada por Hubert Pöppel.

⁸ Esta propuesta se presenta, con algunas modificaciones, en *Literatura hispanoamericana: ensayos de interpretación y crítica*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1980, p. 17-41. Lo hasta aquí presentado hace parte de un estudio más amplio que se viene preparando, y en el que se tratará más a fondo las historias de la literatura colombiana, particularmente la de Orjuela y de otros textos suyos, en homenaje a su invaluable labor crítica.

él no puede despertarnos más que haciéndonos contemplar la suprema belleza que el último esfuerzo de su arte le ha permitido alcanzar. Pero por una singular ley, providencial por añadidura, de la óptica de la mente (ley que significa tal vez que no podemos recibir la verdad de nadie y que debemos crearla nosotros mismos), aquello que es el término de su sabiduría no se nos presenta más que como el comienzo de la nuestra, de manera que cuando ya nos han dicho todo lo que podían decirnos surge en nosotros la sospecha de que todavía no nos han dicho nada (2001: 23-24).

Bibliografía

- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *La novela colombiana, entre la verdad y la mentira*. Bogotá: Plaza y Janés, 2000.
- Ancizar, Manuel. "Prólogo" (1ª ed. 1867) en: *Vergara y Vergara, José María. Historia de la literatura en Nueva Granada. Desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*. Obra escogidas de Don José María Vergara y Vergara. Bogotá: Minerva, 1931, tomo IV, p. 5-9.
- Arango Ferrer, Javier. *La literatura de Colombia*. Buenos Aires: Coni, 1940. (Dos horas de literatura colombiana. 2ª ed. Medellín: La Tertulia, 1963; Horas de literatura colombiana. 3ª ed. Medellín: Autores Antioqueños, 1978).
- Ayala Poveda, Fernando. *Manual de literatura colombiana*. 3ª ed. Bogotá: Educar, 1986.
- Camacho Guizado, Eduardo. *Sobre literatura colombiana e hispanoamericana*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.
- . La literatura colombiana entre 1820 y 1900, en: *Manual de historia de Colombia. II*. Bogotá: Colcultura, 1979, p. 613-683.
- Cobo Borda, Juan Gustavo. *La tradición de la pobreza*. Bogotá: Carlos Valencia, 1980.
- . La poesía en un país en liquidación, en: *Boletín Cultural y Bibliográfico* 35/50-51 (1999).83-107.
- Cristina, María Teresa. La literatura de la Conquista y la Colonia, en: *Manual de historia de Colombia I*. Bogotá: Colcultura, 1978, p.493-586.
- Englekirk, J. E. y G. E. *Bibliografía de la novela colombiana*. México, 1950.
- Fry, Northrop. *Anatomía de la crítica*. Caracas: Monte Ávila, 1991.
- Gadamer, Hans-Georg. *Elogio de la teoría*. Barcelona: Península, 1993.
- García Aguilar, Eduardo. Diatriba contra la poesía colombiana sentada en sus laureles, en: *Dominical de El Tiempo*. (Jul. 22/01): 1-4.
- García Márquez, Gabriel. La literatura colombiana, un fraude a la nación, en: *Acción Liberal*. Bogotá 2 (abr. 2/60),44-47.

- Giraldo, Luz Mery. De las utopías a las escrituras del vacío en la narrativa colombiana: 1970-1996, en: *Universitas Humanística*. Bogotá 43-44 (en.-dic./96).
- . (ed.). *La novela colombiana ante la crítica*, 1975-1990. Bogotá, Cali: Universidad Javeriana, Universidad del Valle, 1994.
- . (ed.). *Fin de siglo: narrativa colombiana. Lecturas y críticas*. Bogotá, Cali: Universidad Javeriana, Universidad del Valle, 1995.
- Gómez Restrepo, Antonio. *Historia de la literatura colombiana*. 3ª ed. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos, Cosmos, 1953, 4 vols.
- . Prólogo de la primera edición, en: Ortega, José J. *Historia de la literatura colombiana*. 2ª ed. aum. Bogotá: Cromos, 1935, p. v-viii.
- . “Introducción” (1905) en: Vergara y Vergara, José María. *Historia de la literatura en Nueva Granada. Desde la Conquista hasta la Independencia (1538-820)*. Obra escogidas de Don José María Vergara y Vergara. Bogotá: Minerva, 1931, tomo IV, p. 27-46.
- Grossmann, Rudolf. *Historia y problemas de la literatura latinoamericana*. Madrid: *Revista de Occidente*, 1972.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. “La literatura colombiana en el siglo XX”. *Manual de historia de Colombia III*. Bogotá: Colcultura, 1980, p. 445-536.
- Jaramillo, J. Eduardo. La novela colombiana 1988-1998: saga del lector, en: *Boletín Cultural y Bibliográfico* 35/50-51 (1999):67-81.
- Jaramillo, María Mercedes, Betty Osorio y Ángela Robledo (eds.) *Literatura y diferencia. Escritoras colombianas del siglo XX*. Medellín, Bogotá: Universidad de Antioquia, Universidad de los Andes, 1995, 2 vols.
- . *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000, 3 vols.
- López Tamés, Ramón. *La narrativa actual de Colombia y su contexto social*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1975.
- Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Planeta, Procultura, 1988, 2 vols.
- Manual de historia de Colombia*. Bogotá: Colcultura, 1978-1980, 3 vols.
- Maya, Rafael. *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*. Bogotá: Voluntad, 1944.
- Mejía Vallejo, Manuel. Horas de literatura colombiana, en: Javier Arango Ferrer. *Horas de literatura colombiana*. Bogotá: Colcultura, 1978, p. 7-12.
- Núñez Segura, José A. *Literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativos*. Medellín: Bedout, 1952.
- Orjuela, Héctor. *Fuentes generales para el estudio de la literatura colombiana*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1968.
- . *Historia crítica de la literatura en Colombia*. Bogotá: Kelly, 1992, 3 vols.
- Ortega, José J. *Historia de la literatura colombiana*. 2ª ed. aum. Bogotá: Cromos, 1935.

- Pareyson, Luigi. Interpretación y libertad, en: Gianni Vattimo, comp. *Hermenéutica y racionalidad*. Bogotá: Norma, 1994.
- Pineda Botero, Álvaro. Del mito a la post-modernidad, la novela colombiana de finales del siglo XX. Bogotá: Tercer Mundo, 1990.
- . *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana 1650-1931*. Medellín: Universidad Eafit, 1999.
- . *Juicios de residencia. La novela colombiana 1934-1985*. Medellín: Universidad Eafit, 2001.
- Porras Collantes, Ernesto. *Bibliografía de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1976.
- Proust, Marcel. Sobre la lectura, en: *Leer y releer*. Universidad de Antioquia, 27 (2001): 1-30.
- Romero, Armando (comp.) Literatura colombiana, en: *Revista Iberoamericana* 50/128-129 (jul.-dic./84).
- Samper Ortega, Daniel. Prólogo de la segunda edición en: Ortega, José J. *Historia de la literatura colombiana*. 2ª ed. aum. Bogotá: Cromos, 1935, p. ix-xvii.
- Sanín Cano. *Letras Colombianas*. Medellín: Autores Antioqueños, 1984.
- Santa, Eduardo. *Nos duele Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1962.
- Uribe Ferrer, René. Sanín Cano, crítico del modernismo, en: *Baldomero Sanín Cano. Letras Colombianas*. Medellín: Autores Antioqueños, 1984, p. 1-xxv.
- Valencia Goelkel, Hernando. La mayoría de edad, en: César Fernández Moreno, comp. *América Latina en su literatura*. México. Siglo XXI, 1972, p. 121-135.
- Ortega, José J. *Historia de la literatura colombiana*. 2ª ed. aum. Bogotá: Cromos, 1935. *Granada. Desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*. 3ª ed. en: Obras escogidas de Don V. Williams, Raymond. *Novela y poder en Colombia, 1844-1987*. Bogotá: Tercer Mundo, 1991.

Augusto Escobar Mesa

Profesor Titular de la Universidad de Antioquia. Doctor en Letras, Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Bordeaux II, Francia. Profesor e investigador de la Maestría en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia. Autor de los libros *Imaginación y violencia en Cien años de soledad* (1981), *Naturaleza y realidad social en César Uribe Piedrahita* (1993), *Edición crítica de Marea de ratas* de Arturo Echeverri Mejía (1994), *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana* (1997).

aescobar@embera.udea.edu.co

Recibido en: 9/03/03

Aprobado en: 14/04/03